

Poder y sociabilidad en la Argentina de los años '30. Los gobiernos de Uriburu y Justo

Luis Ernesto Blacha*

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar las diferencias en sus estilos para ejercer la política y construir el poder en los gobiernos de José Félix Uriburu y Agustín P. Justo, utilizando algunos aspectos teóricos de la obra de Georg Simmel. Este análisis sociológico de un fenómeno histórico considera a los hechos como un proceso, una realidad que se desarrolla en constante dinamismo. Individuos y sociedad son entendidos como partes que se contienen e influyen mutuamente, en un tiempo y un espacio determinados. El punto de partida es el análisis teórico sobre «los que mandan» en nuestro país, que recoge y conjuga las ideas de Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Carl Wright Mills -autores clásicos de las élites- para esbozar una definición conceptual del grupo estudiado. Continúa con definiciones conceptuales de Georg Simmel y Norbert Elias, aplicadas en el estudio del período 1930-1938, conjugando empiria y teoría para comprender una parte de nuestro pasado desde la sociología.

Palabras clave: poder - sociabilidad - clase política - derecha argentina

Abstract

The aim of this research is to analyze the differences in styles in which José Félix Uriburu and Agustín P. Justo practiced politics and constructed power in their governments, dealing with some theoretical aspects of Georg Simmel work. This sociological analysis of an historic phenomenon considers the events as a process, a reality that develops in a steady dynamism. People and society are understood as parts that contain and influence each other in a definite time and space. The starting point is the theoretical analysis on «the ones who are in charge of» our country. It collects and combines ideas of Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto and Carl Wright Mills -classical authors of the elite- in order to outline a conceptual definition of the group under study. It continues with conceptual definitions of Georg Simmel and Norbert Elias, used in the study of the period between 1930-1938, combining empiria and theory to understand part of our past from a sociological point of view.

* Becario Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). E-mail: luisblacha@gmail.com

Key words: power - sociability - political class - Argentinean right wing

Recepción del original: 09/06/2009

Aceptación del original: 25/09/2009

Introducción

El objetivo de este trabajo es analizar las diferencias en sus estilos para ejercer la política y construir el poder en los gobiernos de José Félix Uriburu y Agustín P. Justo,¹ utilizando algunos aspectos teóricos de la obra de Georg Simmel. Este análisis sociológico de un fenómeno histórico que mereció atención específica desde la especialidad² considera a los hechos como un proceso, una realidad desarrollada en constante dinamismo. Individuos y sociedad son entendidos como partes que se contienen e influyen mutuamente en un tiempo y un espacio determinados.

Si como plantea Tulio Halperin Donghi, con la revolución de septiembre de 1930 se produce el triunfo de grupos con diferentes proyectos políticos, es interesante analizar cómo es la relación e interacción entre ellos. Los actores estudiados fueron seleccionados por su importancia para representar esas diferencias; teniendo en cuenta su preponderancia para llevar adelante desde el Estado esas propuestas. El Estado moderno se hace indispensable para desarrollar con fuerza y efectividad cualquier decisión de tipo nacional (y otras de menor alcance), ya sea por sus elementos técnicos, por su poder económico y por la soberanía de sus decisiones.

¹ ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Documentos de los Presidentes argentinos. Archivos José Félix Uriburu, Agustín P. Justo y Julio Argentino Roca (h)*, Buenos Aires, AGN, 1997.

² *Revista de Historia*, Buenos Aires, Imprenta López, núm. 3, 1958. Darío CANTÓN, José Luis MORENO y Alberto CIRIA, *Historia Argentina. La democracia constitucional y su crisis*, Buenos Aires, Paidós, 1980. Robert A. POTASH, *El Ejército y la política en la Argentina, 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980. Alain ROUQUIÉ, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981. Sandra McGEE DEUSTSCH, *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, UNQ Editorial, 1983. María Dolores BÉJAR, *Uriburu y Justo: El auge conservador (1930-1935)*, Buenos Aires, CEAL, 1983. Rosemary THORP (comp.), *Latin America in the 1930's: The Role of the Periphery in World Crisis*, Londres, Macmillan, 1984. Fernando GARCÍA MOLINA y Carlos MAYO, *Archivo del general Justo: La presidencia/1/2. Selección de documentos*, Buenos Aires, CEAL, 1987. Cristian BUCHRUCKER, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987. ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2001, t. 8. Alejandro CATTARUZZA (dir. del tomo), *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, t. VII. Federico FINCHHELSTEIN, *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*, Buenos Aires, FCE, 2002. María Dolores BÉJAR, *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2005. Sandra McGEE DEUSTSCH, *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939*, Buenos Aires, UNQ Editorial, 2005.

La crisis económica mundial de 1929 tiene efectos sociales, financieros y políticos en nuestro país. Es una crisis estructural, orgánica, que no admite remedios de corte liberal.³ El Estado amplía sus funciones y crea otras nuevas para responder a una realidad cambiante. Los actores políticos deben adaptarse y lo hacen apelando a las nuevas ideas, aunque en nuestro país persistan los viejos actores políticos como introductores y ejecutores de esas ideas. Lo nuevo y lo viejo conviven; viejas prácticas políticas fraudulentas se mezclan con novedosas propuestas de intervencionismo estatal. Fidelidades, acciones recíprocas y pasiones se confunden.⁴

Paradójicamente, la división más importante que se produce en estos años no es la que se da entre actores a favor del fraude y aquellos que están en contra, sino entre pro radicales y anti-radicales. Estudiaremos la división cuando influya en los grupos que puján por el control estatal. Luego de abril de 1931, y debido al resultado eleccionario bonaerense, el radicalismo es eliminado de la lucha por el control estatal e impedido de participar -hasta no resolver sus divisiones internas- sobre el camino a seguir.

Este trabajo comienza con un análisis teórico sobre «los que mandan» en nuestro país, que recoge y conjuga las ideas de Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Carl Wright Mills -autores clásicos de las élites- para esbozar una definición conceptual del grupo estudiado. Continúa con definiciones conceptuales de Georg Simmel y Norbert Elias, aplicadas en el estudio del período 1930-1938, conjugando empiria y teoría para comprender una parte de nuestro pasado desde la sociología.

Acerca de la «clase política»

Definir el concepto «clase política» implica una lectura crítica de los teóricos clásicos en el tema de las elites: Gaetano Mosca,⁵ Vilfredo Pareto⁶ y C. Wright Mills,⁷ para confrontar teoría y mundo empírico. Los conceptos de interdependencia y configuración de Norbert Elias aportan para caracterizar el fenómeno estudiado como un proceso y no como un objeto estático. Una configuración que, en tanto proceso, no está exenta de tensiones, cambios y adaptaciones a situaciones nuevas, pero que la «clase política» -al menos hasta el golpe de Estado del 4 de junio de 1943- logra sortear con mayor o menor éxito.

³ Noemí M. GIRBAL-BLACHA, «Estado y economía en la Argentina de los años 30», *Décimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina*, Buenos Aires, ANH, 1999, pp. 1-16.

⁴ Miguel Ángel CÁRCANO, *Sáenz Peña. La revolución por los comicios*, Buenos Aires, EUDEBA, 1976.

⁵ Gaetano MOSCA, *La clase política*, México, FCE, 2002. James H. MEISEL, *El mito de la clase gobernante, Gaetano Mosca y la élite*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

⁶ Raymond ARON, *Las etapas del pensamiento sociológico*, t. II, Buenos Aires, Ediciones Fausto, 1996. Irving ZEITLIN, *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

⁷ Carl WRIGHT MILLS, *La élite del poder*, México, FCE, 1987. Juan Carlos AGULLA, *Teoría sociológica. Sistematización histórica*, Buenos Aires, Depalma, 1987.

Para Mosca, a diferencia de lo que ocurre con los otros teóricos de las «élites», el «consenso» entre las minorías gobernantes y las masas es fundamental. Utiliza el término «fórmula política» para remarcar las actitudes consensuadas entre gobernantes y gobernados, como una forma de legitimar el poder. La «clase política» justifica su posición mediante «principios abstractos» o una «fórmula» que es compartida y aceptada por «la masa poco educada», que reflejará su carácter y funciones. La «fórmula política» incluye valores, creencias, sentimientos y hábitos comunes que resultan de la historia colectiva de un pueblo y se corresponde con «una genuina necesidad de la naturaleza social del hombre, [...] de gobernar y sentirse gobernado, no en base a la fuerza material e intelectual, sino a un principio moral.»⁸ Intenta representar el consenso popular acerca de lo considerado justo dentro de una comunidad en una época determinada.

Si la «fórmula política» deja de ser efectiva, apremian los cuestionamientos a la clase que la utiliza y la minoría gobernante no podrá sostener el principio de la unidad social. Se generan fracturas dentro de la sociedad y sólo se volverá al estado de normalidad cuando una nueva «clase política» ascienda al poder con su propia fórmula. Es lo que le ocurre a Hipólito Yrigoyen en 1930, cuando es despojado del poder por una minoría que -contando con cierto apoyo popular- rápidamente se adueña de él. Si la «fórmula política» hubiese sido efectiva, los rebeldes hubieran sido aplastados al no contar con el apoyo popular ni de parte del radicalismo. Cuando Uriburu no logra tener respaldo para las reformas corporativas que pretende, aparece la principal causa de la ineficacia de la revolución.

Para enfatizar el equilibrio de las fuerzas sociales, Mosca presupone la existencia de una gran sociedad plenamente integrada y -en ese contexto- el concepto de «élite» resulta «equivoco», sugiriendo «superioridad moral».⁹ En la versión de Pareto, en cambio, las bases psicológicas o residuos juegan un papel sustantivo en su teoría de las «élites». Se distancia de Mosca, para quien la «clase política» tiene una mayor influencia de factores sociales, que importan para la definición y el funcionamiento de las «élites» o «clases políticas», por un lado, y su circulación, por el otro.

Es Carl Wright Mills quien se refiere a los orígenes sociales y educativos comunes dentro de la «élite del poder», analizando lugares de socialización y ocio e instituciones de enseñanza que la congrega. Es un análisis de corte más sociológico que los anteriores y es más concreto cuando centra sus reflexiones en las clases altas estadounidenses. Como dice Simmel, el espacio «adquiere significado social mientras se establece en él alguna relación recíproca.»¹⁰ A través de ese espacio se articulan las relaciones sociales. Asigna a las bases comunes de esta clase un rol central en la toma de

⁸ Gaetano MOSCA, *La clase...* cit., p. 133.

⁹ James H. MEISEL, *El mito de la clase gobernante...* cit., p. 169.

¹⁰ Mariano FRESSOLI, «La ciudad y el recorrido del secreto», Esteban VERNIK (comp.), *Escritos contra la cosificación. Acerca de Georg Simmel*, Buenos Aires, Grupo Editor Altamira, 2000, p. 62.

decisiones y en la intercambiabilidad de posiciones institucionales entre sus miembros.¹¹

Para Wright Mills hay tres órdenes principales: el político, donde se encuentran «las instituciones mediante las cuales los hombres adquieren, manejan e influyen en la distribución de poder y autoridad dentro de las estructuras sociales»; el económico, con las instituciones «mediante las cuales los hombres organizan la mano de obra, los recursos y los medios técnicos en orden a la producción y distribución de los bienes y servicios»; y el militar, con aquellas «mediante las cuales los hombres organizan la violencia legítima y supervisan su uso.»¹² Acción recíproca, individuo y sociedad están profunda y mutuamente relacionados en la teoría de Wright Mills, al igual que en Georg Simmel y Norbert Elias. El contacto continuo y el origen social análogo reflejan coincidencias en las profesiones de muchos de los miembros de la clase política (abogados en su mayoría).

En la «élite del poder», la conciencia de clase se enfatiza y podría suponer una «superioridad moral» por parte de la minoría, por lo mucho que resalta su organización y por la activa defensa de sus intereses. Es como si poseyera una conciencia de clase de carácter diferente al resto de la sociedad.¹³ La «élite del poder» la forman quienes deciden, al menos, los acontecimientos nacionales. Para que estas decisiones tengan ese alcance es muy importante el control de las instituciones del Estado moderno. Para Simmel, «el Estado es la expresión jurídico-institucional del status de las fuerzas que luchan en el interior de la sociedad.»¹⁴ Pero también es el vértice del orden social, pues establece la mayor parte de las reglas que regulan las interacciones, permitiendo al hombre alcanzar determinados fines.

De esta manera, el control de la burocracia moderna se vuelve imprescindible para que las decisiones que esta clase toma se consumen. Tanto José F. Uriburu como Agustín P. Justo y los diferentes grupos que acompañan la revolución de septiembre de 1930 luchan por conseguir el predominio dentro de la maquinaria estatal. Además, es en este período cuando se amplían las funciones estatales para superar la crisis. Surge una novedosa élite técnico administrativa. El poder necesita del saber, la organización y la calculabilidad para que la sociedad le brinde su apoyo y los hechos muestran estos logros.

Estos grupos se dan en un círculo relativamente pequeño «con una fuerte cerrazón frente a círculos colindantes, [...] pero en esta medida con una unión tanto más estrecha en sí mismo, que sólo permite al miembro individual un mínimo espacio para el desenvolvimiento de cualidades peculiares y movimientos libres, de los que es responsable por sí mismo.»¹⁵ Simmel hace notar que es así como comienzan los grupos políticos y familiares; y cuando estos grupos son nuevos exigen un control estricto de sus fronteras. Cuando

¹¹ Para el caso del Senado ver: Natalio BOTANA, *El orden conservador. La política argentina entre 1880-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

¹² Juan Carlos AGULLA, *Teoría sociológica...* cit., p. 471.

¹³ Miguel Ángel CÁRCANO, *Sáenz Peña...* cit.

¹⁴ Federico Lorenc VALCARCE, «Simmel y los hilos invisibles de lo social», Esteban VERNIK (comp.), *Escritos...* cit., p. 114.

¹⁵ Georg SIMMEL, «La metrópoli y la vida mental», Georg SIMMEL, *Sobre la individualidad...* cit., p. 395.

el grupo se hace más numeroso, relaja el control de sus fronteras y permite mayor libertad de acción a sus individuos.

No es casual que Wright Mills también se refiera a los estratos intermedios y a sus funciones en el mantenimiento del orden social. Se pregunta cómo se desarrolla la circulación entre estos estratos y la «élite del poder». Los sectores intermedios actuarían como fusibles de un sistema, en tanto son los encargados de llevar adelante las instrucciones que la minoría dicta. Poseen el conocimiento técnico específico para llevar adelante esas políticas. Son ellos los receptores ante una acción desacertada de la minoría. El equilibrio social tiene en ellos una primera protección, evitando un auténtico cambio. Surge en nuestro país, durante el período estudiado, un estrato intermedio que se transforma en una élite técnico burocrática. Hombres de una clase media acomodada, que muchas veces tienen contactos -por lazos parentales o asociaciones- con miembros de la «clase política» de más antiguo cuño.

La intercambiabilidad de los miembros de la minoría atiende a los tres «órdenes»¹⁶ primordiales de la sociedad contemporánea y su formación común. Si a ella se le suma la socialización y el contacto continuo entre sus miembros, es sencillo entender cómo se llevan a cabo políticas públicas acordes entre las diferentes áreas del Estado. La burocracia funciona con criterios de racionalidad pero las decisiones no dejan de ser políticas y es ahí donde se entiende la importancia de la «élite del poder». Opera con la rápida difusión de nuevas ideas en su interior y frustran cualquier tipo de confrontación interna, cuando existe un enemigo común que contradice las ventajas de las que goza.

La sociedad argentina de los años '30 se mueve al impulso de las migraciones internas del campo a las ciudades. Este fenómeno reemplaza a la inmigración ultramarina de otros tiempos. Crecen el Gran Buenos Aires y las ciudades portuarias engrosando la masa de trabajadores y la pequeña y mediana burguesía nacional. Son los sectores que más crecen en la Argentina de entonces. Paradójicamente, son los que están relegados de la participación en los cambios. Es después de 1943, cuando sirven de base a la nueva alianza de clases que habrá de sustentar al peronismo, cuando parece cambiar la relación entre clase política y mayoría, en base a la redistribución del ingreso.

La relación de la minoría con las masas muestra la adaptabilidad de la primera a las nuevas situaciones que se presentan, actuando como grupo social. La crisis del '30 promueve nuevas respuestas, ante el fracaso de los viejos métodos, para el contexto mundial que se inaugura. Si esta adaptabilidad no es rápida, la «clase política» perdería su influencia sobre las masas y vería comprometidos sus privilegios.

¹⁶ Nos interesan tres órdenes: el político, el económico y el militar. Cuando esos «órdenes» se centralizan y amplían, se racionalizan, aumentan las consecuencias de sus actividades y su relación mutua, ya que las consecuencias tomadas en un ámbito influyen en los otros. Para mayores referencias, se sugiere remitirse a Carl WRIGHT MILLS, *La élite...* cit., en especial el primer capítulo.

Para la «clase política» es importante el contacto continuo y la educación similar de sus miembros, destacado por Wright Mills, como parte de una aceptada organización que Mosca atribuye a las minorías. La capacidad de tomar decisiones de amplio alcance es otro asunto central para Mosca y Wright Mills, al abordar este concepto; tanto como la importancia que tienen las instituciones del Estado moderno y sus funcionarios burocráticos, como herramientas para que estas minorías ejecuten sus decisiones. La relación que la «clase política» tiene con sus pares de los países centrales, y que para el caso argentino se vinculan al Reino Unido, especialmente en los aspectos diplomáticos y económico-financieros, es también ponderable.

El concepto de «circulación» de la teoría de Pareto importa para caracterizar la «circulación de las clases políticas», que incluye tres tipos distintos con tres tiempos diferentes. El más frecuente en las sociedades actuales es la circulación como intercambiabilidad, que hace referencia al pasaje entre los tres órdenes de los miembros de la élite, según Wright Mills. El segundo tipo, que tiene una frecuencia media, es la circulación como cooptación; es decir, el ingreso de los elementos más vigorosos de la masa en la minoría. Para que este tipo de «pasaje» sea efectivo, el número de individuos que ingresan en el estrato cimero debe ser tal que los recién llegados asimilen los valores de los antiguos sin modificarlos. Es necesario recordar la importancia de esta «renovación continua» de la «clase política», que refiere Mosca, para evitar la caída de la minoría debido a su cerrazón.¹⁷

La cooptación hace posible que los grupos dirigentes tradicionales terminen por «aceptar que el triunfo económico -comercial e industrial- fuera una fuente de prestigio. Y los recién ascendidos, ni bien ascendidos, comenzaron a asimilar las pautas del grupo prestigioso viejo, al que tomaron por modelo.»¹⁸ Esta situación, que no es la producida en la Argentina, transformaría al segundo tipo de circulación en el tercero. Aun cuando en el período estudiado crezcan las funciones estatales y, por consiguiente, se amplíen los sectores burocráticos del Estado, la cooptación se hace para los estratos intermedios y muy pocos de estos «recién llegados» logran acceder a la «clase política» como tal.

El último tipo de circulación refiere al reemplazo de una «clase política» por otra y sus consecuencias sólo se observan en el largo plazo. Entre 1930 y 1943 se truncan las carreras políticas de casi todos los miembros de la minoría en la Argentina, pero no indica el reemplazo total de una «clase política» por otra, ya que los actores dominantes antes de la Revolución del 4 junio de 1943 siguen teniendo gran influencia dentro del quehacer nacional por sus posiciones extra-estatales (Museo Social Argentino, Asociación Nacional del Trabajo, Liga Patriótica Argentina, etc.).¹⁹

Es posible sostener una definición de clase política donde primen las características sociológicas en detrimento de las psicológicas. El origen común de sus miembros, su educación, selección y capacitación son condiciones

¹⁷ Norbert ELIAS, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Colombia, FCE, 1997, p. 515.

¹⁸ José Luis DE IMAZ, *Los que mandan*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, p. 154.

¹⁹ Sandra McGEE DEUTSCH, *Contrarrevolución...* cit., pp. 193-248.

que les permiten tener un juicio común, capaz de posibilitar la intercambialidad de sus posiciones y sustentar su conciencia de clase. Son estas características las que generan nuevas respuestas ante una crisis como la del '30, que torna obsoletas las soluciones intentadas hasta el momento.

La clase política mantiene su posición de privilegio debido a una fórmula política que justifica su poder y que incluye valores, creencias, sentimientos y hábitos comunes, compartidos por la mayoría, relacionándose con la historia y la vida de esa sociedad. La clase política tiene el control directo o indirecto sobre el Estado, para lo cual necesita que sus individuos actúen en varios órdenes sociales. Las interacciones al interior de la clase política son dinámicas. Las diferencias son rápidamente puestas en un segundo plano cuando se produce la amenaza de perder la posición de privilegio. Cuando una clase política es cuestionada, porque su fórmula política es puesta en duda, sus decisiones ya no son aceptadas con tanta rapidez. Esa clase política debe ser reemplazada por una nueva, para que continúe el equilibrio social. Es la función más importante de esta minoría, pero sin olvidar que la sociedad aparece como el árbitro último.

La configuración como una forma de entender la realidad

La sociedad «designa un complejo de individuos socializados, una red empírica de relaciones humanas operando en un tiempo y un espacio dados.»²⁰ La socialización es la base de la sociología de Simmel, que supone una abstracción sin olvidar lo concreto. Las acciones para él son sociales e individuales a la vez, porque «la sociedad existe allí donde varios individuos entran en acción recíproca.»²¹ En las sociedades modernas las acciones recíprocas se dan típicamente como asociaciones. El espacio de la sociabilidad es restringido, predominando las relaciones intersubjetivas, que «no vinculan «interioridades», sino por sobre todo sus instancias exteriores e indiferenciadas.»²²

Cuanto más se divide el trabajo socialmente, más social se hace el hombre porque depende de sus semejantes. Lo mismo sucede cuando el Estado amplía sus funciones. Complejiza, como entre 1930 y 1943, su estructura; sus partes se hacen más interdependientes. Además, si los hombres que ocupan las posiciones directivas claves tienen espacios de socialización en común, como ocurre con los protagonistas estudiados, es fácil entender cómo se construyen políticas públicas en una determinada dirección. Como recuerda Simmel, «la sociedad existe como una de las maneras en las cuales toda la experiencia puede ser potencialmente organizada.»²³

A medida que el desarrollo social avanza se crea entre los miembros de los diferentes grupos «una relación interna y con frecuencia también

²⁰ Donald N. LEVINE, «Introducción», Georg SIMMEL, *Sobre la individualidad...* cit., p. 30.

²¹ Georg SIMMEL, «El problema de la sociología», Georg SIMMEL, *Sobre la individualidad...* cit., p. 94.

²² Mariano SALZMAN, «La atemperación de la tragedia», Esteban VERNIK (comp.), *Escritos...* cit., p. 88.

²³ Donald N. LEVINE, «Introducción», Georg SIMMEL, *Sobre la individualidad...* cit., p. 30.

externa.»²⁴ Aumenta, también, la inclinación de los individuos a ir más allá de los límites del grupo del que forma parte. Crece la individualización. Si el círculo social del que un individuo forma parte es grande, mayor será la libertad individual que tenga. Se amplían los intereses y el grupo social se consolidará. Pero estos nuevos horizontes necesitan de un mayor autocontrol de las emociones por parte del individuo. Se produce una diferenciación entre la conducta individual en su foro privado, de la que tiene en su faceta social. La moda funciona como un diferenciador social entre los distintos grupos y cuando es tomada por un grupo externo al de origen, debe surgir otra que la reemplace para diferenciar al sector social en cuestión.

Cuanto más grande es una sociedad, más diferenciados se vuelven sus integrantes, haciendo que la red de interdependencias sea rígida y elástica a la vez. Así ocurre con la intercambiabilidad de funciones entre los miembros de la clase política, que se adaptan a los cambios contextuales para seguir en el poder.²⁵

Para Norbert Elias, la maleabilidad que posee el ser humano es de tal envergadura que necesita que «su autodirección sea modelada durante años por otras personas, por una sociedad, para que avance de forma más o menos regulada en relación con otras personas.»²⁶ Nuevamente, la educación y la socialización tempranas juegan un papel vital en la incorporación de los miembros jóvenes de la «clase política» a sus filas. Se diferencia a los que están en un alto grado de socialización, de aquellos que aún están en una etapa de formación.

La «configuración» es un «sistema de interacciones»,²⁷ que están «prácticamente siempre en movimiento, ya que son, pues, procesos.»²⁸ Permiten escapar al dualismo sujeto/objeto, que según Elias, impide un pensamiento claro sobre la realidad social. Brindan un carácter dinámico a la manera en que se piensa la sociedad, entendida como un proceso que se construye constantemente. Simmel considera que la socialización sólo se presenta cuando la coexistencia de los individuos adopta determinadas formas de colaboración y cooperación que se enmarcan dentro de acciones de corte recíproco. La socialización «es la forma de diversas maneras realizada, en la que los individuos, sobre la base de sus intereses sensuales o ideales, momentáneos o duraderos, conscientes o inconscientes, que impulsan causalmente o inducen teleológicamente, constituyen una unidad dentro de la cual se realizan aquellos intereses.»²⁹

La «configuración» es un modelo cambiante en el cual los individuos, a la manera de jugadores, con sus acciones y entendimiento, actúan dentro de

²⁴ Georg SIMMEL, «La expansión del grupo y el desarrollo de la individualidad», Georg SIMMEL, *Sobre la individualidad...* cit., p. 321.

²⁵ Ximena MAZORRA, «El intento de la vida», Esteban VERNIK (comp.), *Escritos...* cit., p. 80.

²⁶ Norbert ELIAS, *La sociedad de los individuos...* cit., p. 53.

²⁷ Nathalie HEINICH, *Norbert Elias. Historia y cultura en Occidente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999, p. 102.

²⁸ Norbert ELIAS, *Compromiso y distanciamiento*, Barcelona, Ediciones Península, 2002, p. 99.

²⁹ Laura GOLDBERG, «Búsqueda cinética», Esteban VERNIK (comp.), *Escritos...* cit., p. 56.

un tejido de tensiones formado por la interdependencia de aquéllas. Este es el instrumento elegido para buscar un acercamiento a la realidad histórica aquí estudiada.

La «revolución» de 1930 y sus protagonistas³⁰

El 6 de septiembre de 1930 los oficiales y cadetes del Colegio Militar avanzan sobre la Casa Rosada, a las órdenes del general José Félix Uriburu. La escasa oposición que encuentran en su marcha permite el derrumbe del gobierno constitucional del radical Hipólito Yrigoyen. Se produce el primer quiebre institucional en la Argentina desde 1862 y desde la conformación del Estado nacional en 1880.³¹

La caravana revolucionaria pasa por barrios populares, que expresan su apoyo. Esos hombres de la ciudad, de los que habla Simmel, están «perdidos en el aislamiento ya no dicen nada, pero albergan la posibilidad de hacer saltar el tiempo muerto recuperando su experiencia en la potencia del instante.»³² Esta situación es registrada por Roberto Arlt en sus *Aguafuertes Porteñas* y por Arturo Jauretche en *El Paso de los Libres*. También participan miembros de la oligarquía, muchos de los cuales habían perdido parte de su influencia al no adaptarse a los planteos de la Ley Sáenz Peña de 1912.

Con el golpe de Estado de septiembre del '30 se originan modificaciones irreversibles en vencedores y vencidos. Se suma a la arena política la presencia de un cuerpo de oficiales, cuyos miembros no habían aspirado a ingresar en ella pero sobre la que no pueden dejar de influir, ya sea por acción u omisión. Los promotores del movimiento revolucionario renuncian de antemano a integrar sus proyectos políticos divergentes en uno común. En los 16 meses que separan a los sucesos de septiembre hasta la restauración constitucional de febrero de 1932 se generan acciones demostrativas de esa diversidad incompatible. Con el golpe de Estado del 30 vuelve al poder una clase política que había quedado relegada luego de la entrada en vigencia de la Ley Sáenz Peña. Al tomar sus primeras decisiones, no tiene todavía aceptada su fórmula política, que le permita contar con el apoyo de la mayoría de la sociedad y dirimir sus contradicciones internas de manera mucho más efectiva. Tampoco se manifiestan antecedentes de acciones recíprocas previas entre los diferentes grupos e individuos, ya que se vive la jornada de septiembre como un hecho excepcional.

Todas las fuerzas políticas actuantes en el golpe de Estado coinciden en su insatisfacción con el curso que había tomado y con su desenlace. Al ser la primera ruptura institucional en la Argentina, no hay en la memoria social posibilidad comparativa. La vinculación entre la clase política y el resto de la sociedad es una relación de poder, donde ambos sectores tienen su cuota de

³⁰ Alain ROUQUIÉ, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981, vol. 1.

³¹ Sandra McGEE DEUTSCH, *Las derechas...* cit., pp. 149-314.

³² Valentina SALVI, «El reverso de las cosas», Esteban VERNIK (comp.), *Escritos...* cit., p. 16.

influencia; pero es en definitiva la sociedad quien tiene la función de arbitrar y es lo que hace.

El general José F. Uriburu -representante de una prosapia militar aristocrática y legendaria- anhela encabezar una revolución exclusivamente militar, sin ninguna participación civil, pero no logra encontrar apoyo suficiente en el Ejército y sus intenciones son descubiertas por el Ministerio de Guerra yrigoyenista. Uriburu debe pasar a retiro y desde esa posición logra un acercamiento con los oficiales próximos al general Agustín P. Justo, ingeniero, entrerriano, hijo de inmigrantes y genuino representante de la clase media argentina. A diferencia de las propuestas reformistas del grupo uriburista, los oficiales del círculo de Justo son hostiles a cualquier reforma autoritaria de las instituciones, así como a la exclusión de los políticos dispuestos a unirse al proceso revolucionario. Estas tensiones internas impiden que la clase política se organice rápidamente, limitando su capacidad para tomar rápidas decisiones.

El general Justo sostiene en 1930 que la crisis en la que se encuentra el régimen político autoriza el uso de recursos extraconstitucionales para remediar la situación. La fórmula política que sostenía al gobierno de Yrigoyen deja de ser aceptada por la sociedad y, por lo tanto, sus decisiones pierden autoridad. Una situación dada apenas Yrigoyen llega al poder por segunda vez, a través de una clara victoria electoral.³³ Su antiguo respeto por la Constitución le impide tomar un papel directivo en la empresa revolucionaria. En las negociaciones con Uriburu el teniente coronel José María Sarobe -hombre de confianza de Justo y de origen radical- es quien lo representa. Uriburu alegará ante la Suprema Corte de Justicia que el vacío institucional creado hacía necesario organizar un gobierno provisorio. Una visita protocolar de la Corte Suprema de Justicia al ahora presidente Uriburu termina por reconocer su investidura. Uno de los «signos más claros de que la quiebra de una institucionalidad muy cara a los argentinos no acarrearía a sus responsables el costo político que hubieran podido temer.»³⁴

La crisis de la experiencia democrática de Yrigoyen brinda un futuro a las tendencias oligárquicas, que habían quedado relegadas a mediados de los años '10.³⁵ Toda relación entre la clase política y el resto de la sociedad tiene que adaptarse a los cambios. Al perder adaptabilidad ante las nuevas reglas de juego, esa clase política ve diluir sus posiciones de privilegio en el Estado, aunque no deja de influir en él indirectamente.³⁶

En este contexto, Marcelo T. de Alvear tiene una gravitación decisiva en la etapa abierta luego de septiembre del '30, situación reconocida tanto por Uriburu, por Justo y por él mismo, desde su puesto de embajador en París. Saluda el triunfo revolucionario pero de regreso en Buenos Aires guarda una cuidadosa distancia frente al gobierno provisional. Yrigoyen, preso en la isla

³³ David ROCK, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

³⁴ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel Historia, Biblioteca del Pensamiento Argentino V, 2004, p. 34.

³⁵ Hernán FELDMAN, «El derrocamiento de Hipólito Yrigoyen: acontecimiento, vacío y lenguaje», *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel Aviv, vol. 19, núm. 2, julio-diciembre 2008, pp. 91-118.

³⁶ David ROCK, *El radicalismo...* cit.

Martín García, ordena a sus seguidores apoyar a Alvear, a quien los revolucionarios reconocen como el nuevo líder radical. Los jóvenes yrigoyenistas no confían y un lustro después conformarán FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina).

Alvear anticipa, con sus propuestas, muchas iniciativas que van a desarrollarse en la década del '30. Por ejemplo, el reemplazo de la Caja de Conversión por un Banco Central, los tratados bilaterales que facilitan las exportaciones, la consolidación de la deuda flotante y un programa de obras públicas centrado en la construcción de caminos y elevadores de granos. Alvear cree que la crisis es una oportunidad para encarar transformaciones postpuestas por la prosperidad -puesta en cuestión por Arturo O'Connell- de la década anterior. Alejandro Bunge, intelectual que liderara desde 1918 la *Revista de Economía Argentina*, para apelar desde allí al mercado interno, también visualiza la crisis como una oportunidad, ya que el gobierno provisional «ha decidido por fin emprender» la revolución económica y financiera que el país necesitaba [...] que imponían las circunstancias, desde hace veinte años y por cuya aplicación clamaba a diario la opinión pública del país.»³⁷ Elogia la continuidad en el pago de la deuda externa y la moderación en la expansión del gasto público. Sostiene que el Estado debe fomentar el proteccionismo aduanero, eliminar las trabas a la acumulación de capital, reglamentar el trabajo, el comercio y la industria.

Alberto Hueyo, encargado de la cartera de Hacienda desde febrero de 1932 y vinculado a las empresas británicas y a la banca privada radicada en Buenos Aires, intenta enfrentar una crisis económica que cree destinada a desvanecerse espontáneamente. Propone detener la baja del valor internacional del peso y deja de utilizar el control sobre los cambios internacionales, impuesto por la escasez creciente de las divisas originadas en las exportaciones, concentrándose en ciertos rubros de importación. Al año siguiente, las insuficiencias de su política se hacen notorias, produciendo un desequilibrio en la balanza de pagos que amenaza con llegar a la cesación de los mismos.

El coronel Manuel Rodríguez -profesionalista y hombre de confianza de Justo- sostiene que «el «ejército-institución no puede tener participación alguna en los problemas de política interna.»³⁸ Por lo tanto, los partidos políticos deben participar sin restricciones en la lucha cívica que se aproxima y cree que luego de hacer uso del principio de soberanía para legitimar la revolución, no es necesario invocar su participación. Propone utilizar la especialización de funciones como fundamento de la apoliticidad militar, en vez de fundamentarlo en el principio democrático.

³⁷ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 126.

³⁸ *Ibid.*, p. 60.

*El gobierno de José F. Uriburu*³⁹

El general Agustín P. Justo sostiene, en 1930, que la crisis del régimen político autoriza recursos extraconstitucionales para remediar la situación y su antiguo respeto por la Ley Fundamental le impide tomar un papel directivo en la empresa revolucionaria.

Mientras Uriburu y sus mentores ideológicos de la nueva derecha se distancian de Justo, éste advierte que hay que darle al movimiento una orientación democrática y constitucionalista, si se quiere contar con la adhesión de «las muchedumbres urbanas». Se intenta construir una fórmula política que de sustento a sus posiciones de privilegio. Uriburu dice, desde los balcones de la Casa Rosada, que el ejército se limitó a cumplir con su deber y «ahora corresponde a vosotros [al pueblo] terminar la misión comenzada por el ejército de la patria. A vosotros la Ley Sáenz Peña os ha dado el arma democrática más poderosa. Ahora envainamos las espadas y son las urnas las que tienen la palabra.»⁴⁰ Pero unas semanas después de esas declaraciones, revela sus planes de reforma institucional. Es por este estilo político que los distintos participantes en la revolución de septiembre lo ven como el principal responsable de su fracaso.⁴¹

La nueva derecha, por su parte, se desilusiona con Uriburu cuando en el mismo día de su triunfo recibe en su despacho a «un grupo de proyectos sobrevivientes de la clase política marginada por la Ley Sáenz Peña, a los que encontraron instalados en ella como si nunca la hubieran abandonado.»⁴² A su vez, el general Uriburu visualiza en la nueva derecha a sus amigos políticos. Esta heterogeneidad cobra cuerpo cuando no logra homogeneizar propuestas ni construir una fórmula política común para limar las diferencias. Diría Simmel que «personas que tienen muchas cosas en común se hacen frecuentemente más daño y mayores injusticias que los extraños.»⁴³ La distancia entre jefe y subordinados crea entre los últimos una gradación firme y definida, que al interior se transforma en «la envidia, la repulsión, el orgullo.»⁴⁴

Uno de los proyectos más extravagantes de Uriburu es el que intenta convertir a su amigo Lisandro de la Torre en presidente de una nueva república corporativa y autoritaria, que este luchador del sufragio universal -militante de la democracia progresista- rechaza. Para Uriburu, este político tenía una integridad moral y una superioridad intelectual poco comunes. Ante la negativa, pone su confianza en su Ministro del Interior, Matías Sánchez Sorondo, vocero parlamentario de los revolucionarios que debía servir de enlace con los dirigentes

³⁹ *La crisis de 1930. I Ensayos*, Buenos Aires, CEAL, Biblioteca Política Argentina 15, 1983. *La crisis de 1930. II Testimonios*, Buenos Aires, CEAL, Biblioteca Política Argentina 16, 1983.

⁴⁰ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 29.

⁴¹ Federico FINCHERSTEIN, *Fascismo, liturgia e imaginario...* cit.

⁴² Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 30.

⁴³ Georg SIMMEL, «La lucha», Georg SIMMEL, *Sobre la individualidad...* cit., p. 160.

⁴⁴ Georg SIMMEL, «La dominación», Georg SIMMEL, *Sobre la individualidad...* cit., p. 170.

opositores en el Congreso. La nueva derecha muestra recelo ante el corporativismo.⁴⁵

El socialista independiente Federico Pinedo ve a Uriburu como «un hombre educado, de instrucción suficiente para comprender en sus grandes líneas los problemas de gobierno [...] no era en manera alguna un producto de cuartel, contaba con numerosos amigos o relaciones civiles a quienes estimaba y respetaba [...] patricio de las provincias mediterráneas y vinculado por lazos firmes y numerosos a las familias tradicionales porteñas, le gustaba el trato con la gente de su clase o de su ambiente, cuyos méritos sabía apreciar, pero que tal vez sobreestimaba. [...] El general Uriburu había revelado estar por debajo de lo que su papel hubiera requerido, acaso el mismo Uriburu no hubiera estado en desacuerdo.»⁴⁶ Su sociabilidad le permitiría construir un consenso al interior del conjunto de grupos integrantes de la revolución setembrina, pero en los hechos no logra construir una fórmula política. La relación que debería construir el poder se vuelve esquiva. No logra que sus pocos partidarios se fidelicen. La fidelización le hubiera permitido tomar las decisiones necesarias para sostener su gobierno y llevar adelante su fórmula política, sin que cada medida estuviera sujeta a una revisión y oposición permanentes.

Uriburu posiciona el nepotismo, que sorprende a adversarios y revolucionarios. La administración de su gobierno incluye a personas de su familia. Un rasgo que suele atribuirse a su origen patricio, de una provincia mediterránea, que no había sido afectada por la modernización de igual manera que las del área litoraleña y pampeana. Era producto de una aristocracia de servicios en un marco colonial que brega por la inserción en el gobierno. Un ejemplo es el nombramiento de su primo, el doctor Carlos Ibarguren, como interventor en Córdoba, quien a su vez incorpora a sus dos hijos como secretarios personales.

Los radicales sostienen que «por todas partes han sido distribuidos los Uriburu y los Madero» (el general Uriburu estaba unido por matrimonio a esa gran familia porteña), por su parte «Sánchez Sorondo tiene tres hijos ubicados con elevados sueldos, entre ellos uno menor de edad» y Pérez [Felipe S. Pérez, primer ministro de Hacienda del gobierno provisorio] que es millonario tenía un hijo con 250 pesos en los Ferrocarriles del Estado. Lo ha trasladado al Banco Hipotecario con 1.200 pesos. Y hoy apareció un decreto renombrándole otro hijo como secretario técnico en la embajada de Washington.»⁴⁷

Los dirigentes del socialismo independiente, con su base electoral restringida a la Capital Federal, son protagonistas en los días previos a la revolución y procuran mantenerlo durante la administración uriburista.⁴⁸

⁴⁵ Cristian BUCHRUCKER, *El fascismo en el siglo XX. Una historia comparada*, Buenos Aires, Emecé, 2008, cap. VIII.

⁴⁶ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 31; *La crisis...* cit., pp. 192-208.

⁴⁷ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 32.

⁴⁸ Horacio SANGUINETI, *Los socialistas independientes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1979.

Entre los proyectos de Uriburu, el más importante era la reforma del régimen electoral. Su intención era transformar a los representantes políticos en representantes de los obreros, los ganaderos, los agricultores, los profesionales, industriales, es decir, un sistema de representación corporativa. Estas propuestas llevaron a dar apoyo al socialismo independiente, aún por parte de aquellas corrientes políticas que veían con desconfianza el fuerte peso partidario dentro de la nueva Federación Democrática Nacional, que aparecía como la única barrera para frenar las reformas de Uriburu. Tal es el caso del Partido Provincial, con sus poderosas maquinarias electorales, y del Partido Conservador, que en marzo de 1930 había estado muy cerca de vencer al radicalismo. Ambos partidos se unen a la Federación. Al respecto Pinedo opina que «al amenazar con sus inopinados proyectos de reforma las bases mismas de la República, y obligar a los partidos a unirse en su defensa, el general Uriburu ha creado sin proponérselo una oportunidad favorable al resurgimiento, en el nuevo contexto de una democracia de sufragio universal, del consenso progresista.»⁴⁹ Se produce un cambio en la clase política y no de clase política.

Preside la Federación Julio A. Roca (hijo), esperando una segura candidatura a la presidencia de la república. Este hombre que se encuentra entroncado dentro de las tradiciones progresistas de «nuestro patriciado más esclarecido no ponía en la acción política un vigor y una decisión comparables con la firmeza -que nunca iba a desmentirse- de sus convicciones democráticas»;⁵⁰ pero su postulación contaba sólo con el apoyo de la fracción conservadora bonaerense.

El 20 de enero de 1931, el Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires, mayoritario en la Federación, proponía -por iniciativa de Sánchez Sorondo- la creación de un partido político orgánico y homogéneo. Roca ve rápidamente frustrada su candidatura presidencial. Sánchez Sorondo anuncia el calendario electoral, que marcaría el gradual retorno a la normalidad institucional. Era un intento del régimen setembrino por buscar su legitimación a través del sufragio universal, dando muestras del prestigio que la ley todavía conservaba en la opinión pública y su conocimiento por los revolucionarios.⁵¹

En la provincia de Buenos Aires, Sánchez Sorondo esperaba un abrumador triunfo conservador. Para que esa supuesta victoria tuviera legitimidad debía llevarse a cabo sobre un adversario creíble y no se ponen obstáculos a la participación radical. El radicalismo presenta la candidatura del patricio Honorio Pueyrredón, atraído a las filas radicales por Yrigoyen a principios del siglo XX. Su compañero de fórmula, como vicegobernador, era el antipersonalista Mario Guido, que había vuelto al tronco radical.

Con los comicios del 5 de abril de 1931, los radicales aumentan significativamente su ventaja respecto de los conservadores, quienes los

⁴⁹ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 42.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 43.

⁵¹ María Dolores BÉJAR, «Otra vez la historia política: el conservadorismo bonaerense en los años treinta», *Anuario IEHS*, Tandil, núm. 1, 1986, pp. 199-227.

creían derrotados. El desprestigio de la administración de Yrigoyen tuvo un impacto menor del supuesto por Sánchez Sorondo. Los resultados de los comicios decepcionan a todos los políticos que habían participado del movimiento revolucionario. Uriburu aparece como el principal responsable del triunfo radical de Honorio Pueyrredón.⁵² Se producen divisiones al interior del ejército; tal como opina Rottjer, «si la revolución había sido una triste necesidad, sólo cabía esperar que esa necesidad no volviese a presentarse, y que las instituciones armadas pudiesen en el futuro concentrarse exclusivamente en sus funciones específicas que no son, en verdad, la de derrocar gobiernos ni tampoco inmiscuirse en la lucha política, en la que sólo debe actuar el resto de la Nación.»⁵³ Tanto aquellos revolucionarios que buscaron restaurar la verdad democrática, como quienes intentaron abolir para siempre la democracia representativa, veían en Uriburu al responsable del fracaso de sus respectivos proyectos. La revolución aparece en un laberinto de fraude del que les es difícil salir. Uriburu parece tardar en entender que el poder es una relación, una interacción -aunque de manera desigual- entre gobernantes y gobernados. Justo, en cambio, entiende rápidamente esta característica y su accionar se relaciona más con un pensamiento procesal, que exige actualizar constantemente esa relación.

El repudio al gobierno que el movimiento setembrino derroca no permite aceptar al ganador de esos comicios. *La Nación* le recuerda a Uriburu que no representa a una facción política, sino a la institución militar que debía restaurar la plena vigencia de las instituciones representativas; lo que hace inconcebible desoír el veredicto popular a favor del radicalismo. Las fuerzas armadas generan una crisis en el gabinete de Uriburu y Sánchez Sorondo es reemplazado por el ingeniero Octavio Pico, hombre que desde su función ministerial se coloca al servicio del general Justo. Hay cambios en la clase política, pero no un relevo de la misma.⁵⁴

La Suprema Corte convalida el duro cautiverio impuesto al presidente derrocado. Uriburu invoca la ley marcial, que le permite ignorar derechos y garantías constitucionales. Clausura el diario *Crítica* y encarcela a la periodista Salvadora Botana, esposa del director del diario, Natalio Botana. Con esta acción calma los ánimos críticos del resto de la prensa. *Crítica* se transforma en *Jornada* e incorpora a su directorio a los socialistas independientes: Federico Pinedo, Antonio de Tomaso.

Durante el gobierno de Uriburu se crea la Legión Cívica militarizada, una organización voluntaria que auxilia a las fuerzas armadas y lucha por los «intereses nacionales». Un grupo nuevo, que debe mantener sus fronteras con otros grupos, estrictamente vigiladas. La capacidad de acción individual resulta coaccionada, y es muy difícil -diría Simmel- que estos sujetos tiendan puentes con otros grupos sociales.

⁵² Alain ROUQUIÉ, *Poder militar y sociedad política...* cit.

⁵³ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 52.

⁵⁴ Alain ROUQUIÉ, *Poder militar y sociedad política...* cit.

En julio de 1931, un alzamiento en Corrientes, encabezado por algunos oficiales radicales que rechazan la alianza con los adeptos a Justo, le da a Uriburu un argumento para cerrarle al radicalismo su acceso a los comicios y el 8 de noviembre se elige presidente y vice de la república. La corriente política alineada con Uriburu aparece vencida de antemano. El radicalismo ausente sigue teniendo el predominio electoral. Uriburu rechaza ser una referencia corporativa y se queda sin ninguna chance. Los conservadores son la fuerza política anti-radical más importante y el socialismo independiente se encuentra ante un futuro poco prometedor al haber centrado sus fuerzas en una batalla contra al radicalismo, ahora abstencionista.

Se llega a una solución sin solución, que ofrecía el único escenario posible en donde ambas corrientes revolucionarias podrían encontrarse. Esta configuración comienza con el triunfo radical del 5 de abril de 1931, que obliga a los gobernantes revolucionarios a renunciar a convertir la revolución en «el crisol de una nueva república que no tendría nada en común con la derrocada en septiembre, a favor de la mucho más modesta de encontrar modo de salir con el menor daño posible de la aventura emprendida en aquella fecha.»⁵⁵

*El gobierno de Agustín P. Justo*⁵⁶

A finales de septiembre de 1930, Justo presenta su dimisión al cargo que lo consagraría como segundo jefe de la revolución y gana libertad de acción frente al gobierno. Se anticipa a los desafíos futuros. Deja de formar parte de un grupo que comienza a reducirse y coaccionar a sus individuos para integrarse dentro del todo social, formando un grupo social mayor que el de Uriburu -de quien hereda un Estado fuerte y jerarquizado- lo cual le permitía tener un apoyo más numeroso. Su fórmula política, construida más rápida y exitosamente que la de su predecesor, le permitirá adaptarse a las diferentes situaciones.

Las vinculaciones de Justo con el radicalismo son importantes pero insuficientes para asegurarle la victoria. Para triunfar necesita el apoyo de todas las corrientes políticas que habían tomado rumbos divergentes. Conforme a la teoría de Simmel, Justo utiliza la organización social para construir su fórmula política convirtiéndose en el líder más hábil de la derecha argentina, sopesando el poder civil y militar.

La fórmula conservadora, donde Justo estaba acompañado por Julio Roca (h), se impone. Para Pinedo, la presencia de Roca muestra el vínculo histórico «entre el tradicional progresismo conservador y el de quienes en el presente se identificaban con la causa de la justicia social.»⁵⁷ Es una manera de cambiar la cara del conservadurismo con un liberalismo patricio, capaz de conquistar

⁵⁵ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 56.

⁵⁶ Pedro Fernández LALANNE, *Justo-Roca-Cárcano. El 30 y otras décadas*, Buenos Aires, Editorial Sinopsis, 1996, pp. 9-181. Fernando GARCÍA MOLINA y Carlos A. MAYO, *Archivo del General Justo: La presidencia. Selección de documentos*, Buenos Aires, CEAL, Biblioteca política argentina 192 y 193, 1987.

⁵⁷ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 70.

el poder y retenerlo luego de la etapa abierta por la Ley Sáenz Peña. Una adaptación a los nuevos tiempos, con cambios al interior de la clase política sin reemplazarla. Esta adaptabilidad es clave para mantenerse en el poder.

La nueva derecha proclama la consigna «Justo o ninguno» como «una suprema imposición del patriotismo».⁵⁸ Pronto se lo verá como alguien capaz de abrir una mayor probabilidad de acción de carácter recíproco.⁵⁹ Reciprocidad indispensable para una sociedad entendida como una red de relaciones sociales organizadas, que permite proyectarse en el tiempo y mantener vínculos estables. Si bien una configuración, siguiendo a Elias, es un proceso, es necesario una base común para profundizarlo y extenderlo. Así, tanto los individuos como la sociedad se influyen mutuamente. Es lo que ocurre en la Argentina de entonces.

Los radicales no logran adaptarse a los nuevos tiempos, ni comprenden por qué las decisiones que tomaron los hicieron perder sus posiciones de privilegio. La táctica de recurrir a la abstención deja entrever que los políticos radicales -sobre todo personalistas- siguen apelando a una fórmula política en desuso para justificar su poder y volver a sus posiciones de privilegio.⁶⁰

Justo, coherente con su declamado profesionalismo, no reconoce ningún papel al ejército en la revolución de septiembre. Para él, Uriburu recibió del pueblo la investidura que ahora le transmite. Es una necesidad para construir su fórmula política. El triunfo justista es posible por la abstención radical, aunque también colabora el estilo político de Uriburu, acorralando al radicalismo, único partido político que podría haber impedido el triunfo de Justo. Además, muchos radicales prefieren inclinarse a favor de un jefe militar representativo y con conocidas simpatías por su partido, que por el conservadurismo.

El triunfo de Justo no necesita del fraude, pero aun así lo hubo y fue ampliamente documentado por la Alianza Civil y el radicalismo antipersonalista. En el futuro, el ganador no podría prescindir del apoyo conservador, que emerge de la revolución como la fuerza más poderosa dentro del nuevo oficialismo y para retener esa posición de privilegio debe recurrir al fraude. Comienza un camino sin retorno a la ruina política. Esta fuerza se identifica con una revolución que quiebra la continuidad institucional y lo celebra como su aporte a la tradición. Justo y su papel de árbitro en la refundación republicana es incongruente con el contexto en el que asume la presidencia. Pero es su toma de decisiones lo que le permite mantenerse en el poder. En la arena política del gobierno de Justo tanto los partidos de la coalición oficialista como los de la oposición constitucional conviven con otras fuerzas marginadas de los comicios y las magistraturas, rehusándose a aceptarlas como legítimas. El ejército aparece como el sostén de la restauración constitucional de 1932, en un contexto de ilegitimidad. El apoyo social que obtiene Justo en las elecciones que lo llevan al poder demuestra que la fórmula política funciona.

⁵⁸ Ibid.

⁵⁹ Noemí M. GIRBAL-BLACHA (coord.), Adrián G. ZARRILLI y Javier BALSÀ, *Estado, sociedad y economía (1930-1997)*, Buenos Aires, UNQ, 2001 (reeditado en 2004).

⁶⁰ María Inés BARBERO y Fernando DEVOTO, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL, Biblioteca Política Argentina 9, 1983, pp. 7-14.

El 12 de agosto de 1932, las ocho organizaciones en que se agrupan los nacionalistas se nuclean en la Guardia Argentina bajo la jefatura «civil» del polémico Leopoldo Lugones. La fuerza de los ideales es muy importante para reunir a los individuos dentro de un determinado grupo social. Si grupos tan similares se unen en uno mayor, dejan de controlar tan celosamente sus fronteras, posibilitando a sus individuos tender puentes y tener una mayor libertad de acción, como auspicia Simmel. Se promueve cierta reciprocidad de trato y alguna fidelización de sus acciones.

Al asumir la presidencia, Justo remarca que el retorno a la normalidad institucional es sólo un primer paso y para su consolidación es necesario que no se repitan errores, en alusión al radicalismo. A diferencia de Uriburu, no le exige al partido derrocado abjurar de su pasado. Tampoco atribuye esos errores sólo al personalismo. Manifiesta que cualquier alteración del orden será respondida con mano dura por parte de la violencia legítima que le brinda el control del Estado. Es responsabilidad exclusiva del radicalismo encontrar su propio camino de retorno al terreno electoral, en un contexto donde la abstención le trae más problemas al radicalismo que al gobierno en funciones. La fidelidad de sus miembros es puesta en juego, al resquebrajarse los vínculos sociales.

Cuando contrapone su gobierno al del yrigoyenismo, Justo afirma que en el suyo «una agrupación de partidos que en lo fundamental concuerda con el Poder Ejecutivo» pero «obra con eterna libertad» tiene frente a sí «una oposición que ha desenvuelto sus actividades en forma intensa, ejerciendo el contrapeso necesario para evitar los peligros que ofrecen siempre las mayorías cuando carecen de la acción reguladora que les fijan las minorías», con lo cual ha logrado «neutralizar su inferioridad numérica con la actividad desplegada». ⁶¹ Es una forma de diferenciarse del gobierno uriburista, que al limitar el grupo de sus colaboradores, hace más difícil la construcción de una fórmula política.

Proyectos insurreccionales como el de Cattaneo, que en verdad no significaban ninguna amenaza seria al orden establecido, sirvieron a Justo para «detener o alejar a un número reducido de ciudadanos que continuaban apelando a procedimientos peligrosos», ⁶² a pesar de reconocer que no estaban implicados en episodios conspirativos. Entre estos ciudadanos se encontraban Yrigoyen, Alvear, Güemes y otras primeras figuras radicales, sometidas al cautiverio. El odio que Justo inspira para 1933 en el radicalismo proviene de su eficacia para encerrar al partido en un laberinto de abstención del que sólo podrá salir con la ayuda del mismo Justo. Diría Simmel que «aún en las relaciones de sumisión más opresoras y crueles, subsiste siempre una cantidad considerable de libertad personal.» ⁶³

La acción recíproca subsiste aun en casos de subordinación completa, haciendo que esta sea una forma social. Pero debe recordarse que una potencia supraindividual como el Estado «confiere a una personalidad individual

⁶¹ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 101.

⁶² *Ibid.*, p. 106.

⁶³ Georg SIMMEL, «La dominación» cit., p. 165.

un prestigio, una dignidad, un poder de decisión inapelable, que acaso nunca hubiera surgido de su individualidad propia.»⁶⁴ Para Simmel, «las disensiones entre los partidos se arreglan más fácilmente cuando éstos están sometidos a un mismo poder superior que cuando son completamente independientes.»⁶⁵ Ante la ausencia de un mismo poder superior, el fraude termina siendo el único camino con que los políticos oficialistas pueden sostener sus privilegios en el Estado.

Se clausuran comités, se secuestran registros de adherentes y se encarcela a dirigentes radicales. Si el partido mayoritario va a elecciones, será visto por la sociedad como una debilidad incomprensible y descalificará a sus dirigentes por el hecho de ser víctimas de persecución. Dos meses después de haber encarcelado a los dirigentes radicales, Justo los libera, pero el partido sigue encerrado en el mismo laberinto, del que sólo podrá salir si se presenta a elecciones fraudulentas, aceptando su suerte sin dar lucha, como ocurrió en septiembre de 1930. Además, nada garantiza que el radicalismo siga contando con el apoyo mayoritario de la ciudadanía, en tanto debe adaptarse a las reglas electorales de un gobierno que desea evitar una restauración radical. El ejército está dispuesto a suprimir el sufragio universal. Mantener la abstención indefinidamente puede terminar por dar sustancia a una fuerza política a la que Justo quisiera asegurar un lugar dominante dentro de la coalición oficialista.

El 3 de julio de 1933, muere Yrigoyen. Su cortejo fúnebre es numeroso, confirmando al partido mayoritario que su ascendiente sobre la ciudadanía sigue intacto y lo puede invocar para un retorno a las urnas. Alvear actúa con cautela. Meses más tarde, se reúne en Santa Fe una nueva convención de la Unión Cívica Radical. La propuesta es una «abstención activa» donde el partido se haga presente mediante una intensa propaganda partidaria en las elecciones en las que rehúsa participar. Un intento de promover el tercer tipo de circulación -el reemplazo de una clase política por otra- que fracasa rotundamente.

La estrategia justista de aislar al radicalismo es eficaz. La amenaza del uso de la violencia gubernamental profundiza esta marginación. La distribución del poder se hace tan extrema que no puede sostenerse por mucho más tiempo. El presidente de la Nación lo advierte. Este contexto muestra la preferencia de Justo por soluciones ambiguas que dejan abiertas muchas opciones futuras. Si su lealtad al principio democrático, que en 1930 lo había separado de Uriburu, es menor ahora que entonces, no la deja de tener en cuenta, aun en un contexto mundial donde se posiciona la figura de Hitler en Alemania.⁶⁶

La dimisión de Alberto Hueyo a la cartera de Hacienda y su reemplazo por Federico Pinedo marca el momento en que el Estado argentino asume el nuevo perfil de la economía mundial. La defensa del valor internacional del peso deja de ser el objetivo central; la nueva política monetaria es sólo una

⁶⁴ Ibid., pp. 166-167.

⁶⁵ Ibid., p. 173.

⁶⁶ Cristian BUCHRUCKER, *El fascismo...* cit.

más de las innovaciones integradas al Plan de Acción Económica. El Estado se adapta a los nuevos tiempos: se incorpora Luis Duhau (fallecido Antonio de Tomaso) como ministro de Agricultura. Los cambios muestran a un Estado dispuesto a encarar globalmente la revisión de normas y decisiones ya tomadas.⁶⁷ El joven economista Raúl Prebisch se incorpora como asesor de Federico Pinedo y Luis Duhau. Si su relación con Duhau había sido fuerte, los lazos que va a estrechar con Pinedo van a ser mayores. Prebisch es un ejemplo del primer tipo de circulación, la intercambiabilidad de funciones, capaz de permitir a un miembro de la clase política ocupar diferentes cargos a la vez.

Hasta los conservadores más tradicionales reconocen que los tiempos cambiaron. Matías Sánchez Sorondo afirma que «el viejo gobernante criollo, que servía para todo, ha desaparecido.»⁶⁸ Pero lo que el político conservador parece no percibir es que las decisiones son políticas y siguen siendo necesarios los políticos para orientar a las masas frente a la crisis de 1930.

Esta nueva élite técnico burocrática tiene relaciones con la clase política de corte más tradicional. De hecho, Pinedo -hijo de un político conservador- había compartido estudio con Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña, a lo cual sumaba su rica versación en materia económica y financiera. Los viejos políticos conservadores lo veían como el hijo de un colega. Lo mismo sucede con Prebisch, hijo de un inmigrante centroeuropeo que se había entroncado por matrimonio con los linajes de la aristocracia provinciana. Estos «nuevos personajes» eran más bien una clase media acomodada, con una sociabilidad común,⁶⁹ desarrollada por medios formales -la educación- e informales -a través del ocio.⁷⁰ Estas iniciativas contribuyen a crear una nueva elite tecnoburocrática destinada a hacer sentir su influjo sobre la banca, especialmente la estatal. Se produce el segundo tipo de circulación, la cooptación de nuevos miembros, quienes se fidelizan con los integrantes de más antigua data, promoviendo acciones de carácter recíproco.

Pinedo ya en 1930 estaba convencido que era posible una convergencia entre su fracción socialista y el progresismo conservador, porque ambos defendían los intereses nacionales. La crisis desplaza la lucha de clases como tema central de la política y sus ideas se acercan más a las del progresismo, mediante la reforma del régimen agrario, impositivo y fiscal. En este sentido, la crisis aparece como una oportunidad para llevar adelante cambios de este

⁶⁷ Juan José LLACH, «El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo», *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 23, núm. 92, 1984, pp. 515-558.

⁶⁸ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 134.

⁶⁹ Ovidio LAGOS, *Argentinos de raza*, Buenos Aires, Emecé, 2003, pp. 117-134 y 165-176.

⁷⁰ Hay otros casos, como Malacorto, que había ingresado al Banco de la Nación Argentina gracias a una ordenanza del presidente del Banco, Luis Zuberbühler, que brindaba trabajo a los contadores con mejores promedios en sus estudios en universidades nacionales. Zuberbühler, ya en 1923 había alertado a un congreso de la Liga Patriótica sobre la atracción que tenían las carreras universitarias sobre los jóvenes de las clases populares, que debían ser encauzados. Para ello intentaba cooptarlos ofreciéndoles trabajo, como una manera de mejorar el nivel técnico del personal de las sucursales del Banco.

tipo. Es de este período el proyecto de Pinedo para construir una red de elevadores de granos y otro de Antonio De Tomaso para crear una Comisión de Granos estatal, encargada de controlar la introducción de nuevas variedades de trigo y maíz al país, así como asegurar la calidad del cereal exportado.

La crisis supone la oportunidad de aplicar las reformas que la agenda política más progresista promovía desde hacía una década y que incluían el perfeccionamiento de las funciones del Estado, la creación de nuevos órganos oficiales para ampliar su control sobre la economía y la sociedad. Prebisch lo entiende y comienza a trabajar para llevarlo a cabo, utilizando no sólo sus relaciones institucionales, sino también sus contactos sociales y su tiempo de ocio. Cuando prepara el proyecto de impuesto a los réditos, hace reiterados viajes de fin de semana a su casa del Tigre en compañía de un grupo de técnicos jóvenes y algunos políticos de viejo cuño. La propuesta es socializar rápidamente las ideas y encontrar salidas a una crisis que no responde a las viejas recetas. Se promueve la intercambiabilidad de funciones al interior de la clase política y se coopta a nuevos miembros para vigorizarla, a través de sus estratos intermedios.⁷¹

El escándalo de las carnes, promovido por Lisandro de la Torre, da por cerrada la etapa más creativa del gobierno de Justo. Luego, el presidente se dedica a elegir a su sucesor, aunque durante este período se homogeneizan los intereses de vastos sectores sociales. Si bien hay importantes proyectos de ingeniería social, ninguno tiene la fuerza y la profundidad necesarias para superar los remiendos; un intento de cambiar para que nada cambie.

Es otra muestra del gobierno instaurado en 1932 como «la expresión política de la oligarquía económica y social cuya cima ocupaban los grandes ganaderos pampeanos.»⁷² La comitiva encargada de negociar el acuerdo de las carnes con Inglaterra está encabezada por el vicepresidente e incluye a importantes miembros de la clase política más tradicional, como Miguel Ángel Cárcano. Viaja a Londres cuando la comitiva acepta la invitación del príncipe de Gales para volver a sentarse en la mesa de negociaciones. Aunque los términos son mucho más estrictos de los que la comitiva hubiera deseado.

Las nuevas funciones estatales crean polémica en una sociedad no acostumbrada a la intervención estatal. Tal es el caso de las Juntas Reguladoras de la Producción. Pinedo opina que la crisis «imponía al Estado la necesidad de tomar decisiones en terrenos antes ajenos a su área de competencia, no eliminaba del todo su libertad de acción en el momento de tomarlas.»⁷³ La creación del Banco Central es otro intento del Plan de Acción Económica para salir de la crisis financiera. De La Torre sostiene que es una forma de fomentar el redescuento, «inventar papeles redescontables cuando no los hay»⁷⁴ y un

⁷¹ De hecho, intenta que su proyecto de impuesto a los réditos sea aprobado por el presidente Uriburu; pero su hermano Enrique Uriburu se rehúsa a hacerlo considerando que excedía las facultades de un gobierno provisional. Es que este impuesto no contaba con todas las simpatías para su aprobación luego del fracaso del gobierno uriburista para legitimarse en las urnas. Otra historia es la del Banco Central: una vieja proclama de la agenda progresista.

⁷² Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 145.

⁷³ *Ibid.*, p. 148.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 150.

ejemplo de las decisiones estatales. Entre junio y septiembre de 1935 se incorporan al debate público los temas relacionados con el antiimperialismo y se achaca a las potencias extranjeras la debacle económica que la Argentina sufre en 1930.

Justo prepara el camino para elegir un sucesor con la intención de retornar al gobierno. Se lleva a cabo una modificación del reglamento interno de la Cámara de Diputados, que se aprueba rápidamente, eliminando el requisito de la aprobación previa de los diplomas electorales para incorporar nuevos diputados. También se modifica parcialmente la Ley Sáenz Peña, presentada por el diputado conservador Carlos A. Pueyrredón, que introducía la elección por lista completa de los electores de presidente, vice y senadores por la Capital. Una medida que intenta mantener a la provincia de Buenos Aires bajo el gobierno del fraude. Propuestas que se consideran en el Senado dentro del tormentoso clima político de 1936,⁷⁵ como un primer paso hacia el fraude electoral a nivel nacional.

En la provincia de Buenos Aires, luego de la crisis que marcó la gestión del gobernador Federico Martínez de Hoz, reina la idea entre los conservadores que sólo un fraude indisimulable les permitiría retener el poder en la provincia. Manuel Fresco, candidato a la gobernación, presenta esta realidad como una fortaleza durante su campaña, invocando la victoria revolucionaria de septiembre como fuente de legitimación para su futuro gobierno.⁷⁶ Ante esta práctica los radicales se rehúsan a ocupar las posiciones obtenidas, con la esperanza que el gobierno nacional abandone su actitud pasiva frente a los hechos fraudulentos.

Incorporados los diputados electos mediante el fraude, en la Cámara hay una disposición a rechazar los diplomas de estos nuevos miembros. Una mayoría conformada por los radicales electos luego del levantamiento de la abstención y por los integrantes de los demás bloques opositores procuran diferenciarse de los políticos que obtienen sus cargos mediante el fraude.

El presidente Agustín Justo entiende que el nudo del problema está en el conflicto institucional entre ambas Cámaras, solucionable mediante un acuerdo que él mismo promueve, invitando al vicepresidente de la república -integrante de las filas conservadoras- y al rector de la Universidad de Buenos Aires -proveniente del radicalismo alvearista- a intervenir como mediadores. El 11 de julio le informan al presidente que han fracasado en sus intentos.

El totalitarismo, triunfante en Europa, aparece como una alternativa al fraude, para reemplazar la institucionalidad vigente. Pero este cambio encuentra oposición en todas las fuerzas políticas surgidas dentro del marco institucional vigente, porque no tendrían lugar en el futuro. Para Matías Sánchez Sorondo, la situación extraordinaria que planteaba la realidad argentina requería también de soluciones excepcionales. En este mismo sentido se pronuncia Federico Pinedo para que el gobierno sucesor de Justo contara con el apoyo suficiente para poder gobernar, evitando dejarlo en manos de un electorado que los

⁷⁵ En 1936 muere el Ministro de Guerra de Justo, coronel Manuel Rodríguez, hombre de confianza del presidente.

⁷⁶ María Dolores BÉJAR, «Otra vez la historia política...» cit.

miembros del gobierno no pueden controlar. Afirma entonces que «la última elección libre sería la que perdieran las fuerzas del orden que hoy detentan el poder, si fueran suficientemente imprudentes para dejárselo arrebatarse, en momentos de ofuscación colectiva, por una conjunción de elementos desquiciantes.»⁷⁷

Para Justo, el fraude es un instrumento que hace «posible aclimatar en una época marcada los más variados experimentos de organización social a un país que conserva un incomprensible apego a instituciones clamorosamente obsoletas.»⁷⁸ Una solución que, desde la gobernación bonaerense, busca introducir Manuel Fresco, para fidelizar a los gobernados. El impulso del populismo fresquista comienza a agotarse en 1938, luego de tres años seguidos en los que el gasto público creció alrededor de 30%. La crisis en las finanzas provinciales lo obligan a introducir recortes en los salarios de los empleados provinciales y en 1939 el presidente Ortiz le da el golpe definitivo al quitarle más recursos aún.

Cuando Fresco introduce el voto público quiere hacer visible que se ha implantado un nuevo orden político en la provincia de Buenos Aires que elimina la libertad electoral. El fraude es la muestra tanto del apoyo de la sociedad como de la impotencia de quienes se oponen a él y es complementado con un ejercicio cada vez más autoritario del poder.

Desde el socialismo, Nicolás Repeto sostiene que el radicalismo es el principal culpable del fracaso de la experiencia democrática que abre la Ley Sáenz Peña, ya que con él reaparecen la violencia y el fraude en el gobierno y en los partidos políticos con sus intervenciones en las provincias. Luego de 1930 lo que divide a la escena política argentina no es beneficiarios versus víctimas del fraude, sino la que opone radicales a sus adversarios.

Alvear y el radicalismo pierden credibilidad en la opinión pública luego del escándalo de la renegociación de los contratos con las empresas proveedoras de electricidad capitalinas de 1936. Éste y el escándalo de las carnes se marcaron a fuego en la memoria colectiva, como ejemplo de la corrupción reinante en toda la clase política de aquel entonces. Si bien el radicalismo volvió a triunfar en la Capital Federal en 1938 y 1940, todo el arco político vio en este suceso la confirmación del juicio negativo que siempre le había merecido este partido, llevando también desaliento a los radicales.

El presidente Justo remarca en sus discursos las obras de asistencia social y obrera (las juntas paritarias, los tribunales del trabajo y las comisiones de conciliación y arbitraje). De hecho, la larga supervivencia de su administración -amenazada por su extrema fragilidad- se debe al control de los actores que forman parte de su coalición política y a la pasividad de una clase política que estaban «dispuestos a constituirse en testigos antes que actores»,⁷⁹ y que él sabe sopesar. Justo se adapta a los cambios en la configuración y toma decisiones.

El 20 de febrero de 1938, el general Justo, no sólo entrega el mando a un sucesor por él elegido, también deja la puerta abierta para su retorno, mientras

⁷⁷ Tulio HALPERIN DONGHI, *La República imposible...* cit., p. 179.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 182.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 222.

especula con una auténtica restauración de la democracia de sufragio universal, suprimiendo el fraude que había permitido sobrevivir a su gobierno. Roberto M. Ortiz es su sucesor. Proviene del personalismo y en la década del '30, luego de declinar el ofrecimiento de Justo para ocupar un alto cargo, permanece apartado de la política. Su nombre había resonado como candidato presidencial por un radicalismo reunificado bajo la tutela de Alvear. Su figura era para el radicalismo la más aceptable de la clase política en el gobierno, en tanto que el presidente de la Nación le había ofrecido la cartera de Hacienda luego de la renuncia de Pinedo. Si bien en la elección que lo encuentra vencedor hubo fraude, éste fue más calculado y sutil que en ocasiones anteriores.⁸⁰

Justo espera que Miguel Ángel Cárcano sea el compañero de fórmula de Ortiz, pero la fracción mayoritaria dentro de la coalición oficialista no ve con buenos ojos las reservas de Cárcano con respecto al uso del fraude. Finalmente, el oficialismo llega al acuerdo y ocupa la vicepresidencia Ramón S. Castillo, un conservador catamarqueño que desde el Ministerio del Interior había estado sirviendo dócilmente a los intereses del presidente Justo y que está apadrinado por el caudillo del noroeste Robustiano Patrón Costas.

El presidente Roberto Ortiz administra una transición que tendría su punto culminante en 1944 con el retorno a la presidencia de Justo, pero que sería esta vez fruto del sufragio universal y del apoyo radical. De todas maneras, la muerte en 1943 de Agustín P. Justo dejaría una vacante significativa en la clase política argentina.

Conclusiones

Dos estilos en la construcción del poder y en la forma de ejercer la política se personifican en la Argentina intervencionista de los años '30, en la figura aristocrática militar del general José F. Uriburu y en un representante de los sectores medios de la oficialidad, el general Agustín P. Justo. Como parte de la relación individuo-sociedad, los grupos sociopolíticos que esos personajes de la historia argentina representan, muestran su integración y sus disidencias en tanto «clase política». Los espacios de sociabilidad y la construcción de las identidades aquí analizados señalan tensiones, conflictos y alianzas, que indican cambios en la clase política, sin que se advierta su reemplazo.

El grupo leal a Uriburu busca menos el consenso que los hombres de Justo y no llega a constituir una fórmula política. Decece rápidamente el número de sus seguidores, que pierden cada vez mayor libertad de acción. Si bien en ambos gobiernos hay cierta cooptación de nuevos miembros, es en el de Justo cuando éstos pueden desarrollarse más libremente, porque tiene un grupo social más amplio que lo apoya.

Es también Justo quien mejor se adapta al contexto en el que se da su gobierno. Entiende al poder como una relación e intenta actualizarla más que

⁸⁰ Félix LUNA, *Ortiz. Reportaje a la Argentina opulenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978.

Uriburu. Si bien la socialización previa a detentar el poder estatal es más fuerte en los gobernantes que acompañan a Uriburu, durante el gobierno de Justo la socialización se intensifica al interior de la misma administración.

Una clase política nunca está exenta de tensiones, pero para mantenerse en el poder esa misma clase política necesita sortearlas. En este sentido, la fórmula política no sólo debe servir para legitimar las posiciones de privilegio de la minoría, sino también para minimizar y ayudar a sortear las tensiones internas de la clase política y aquí el más hábil líder de la derecha argentina de los años '30, Agustín P. Justo, lo consigue.